

DOMINGO XXII TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Para meditar este texto del evangelio es bueno que tengamos presente el de la semana anterior. Jesús, que ha bendecido a Pedro y lo ha felicitado porque le ha reconocido como Hijo de Dios, ahora le lanza una grave acusación: «¡Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios!».

La fe no es un hecho sociológico, sino la respuesta personal de cada uno ante Dios que se manifiesta. Conlleva una actitud de confianza y abandono en Dios. Pedro, que lo ha reconocido, enseguida se ha olvidado. Su fe no había iluminado su inteligencia ni cambiado su forma de pensar. Por eso siguió razonando como si no hubiera pasado nada. En el momento en que Jesús anuncia que debe ir a Jerusalén para sufrir y morir, Pedro exclama: «¡No lo permita Dios, Señor!», cuando Jesús precisamente va a su pasión para cumplir la voluntad del Padre.

De ahí la exhortación de san Pablo en la segunda lectura de hoy: «No os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto».

En el ejemplo de san Pedro descubrimos muchas enseñanzas para nuestra vida práctica en la Iglesia.

La primera es que no están garantizadas por el Espíritu Santo todas las acciones de sus ministros, sino sólo aquellas que guardan especial relación con la salvación. Así, un sacerdote no deja de bautizar o consagrar válidamente a pesar de sus imperfecciones personales. Por lo mismo tampoco todo lo que hace un consagrado está necesariamente bien.

Además, este episodio nos muestra cómo los peligros contra la fe pueden aparecer en cualquier momento y bajo cualquier excusa, incluso con argumentos que nos pueden parecer buenos y razonables. La exclamación de Pedro humanamente nos parecería lógica. ¿Cómo iba a aceptar que la persona que más amaba, el más bueno que había conocido, tuviera de sufrir?

La fe supone una certeza tan fuerte para quien la tiene, que los argumentos del mundo ceden ante ella. La lógica de Dios es mucho mejor, es mucho más sabia y hace mucho más bien que la lógica humana. Por eso el mundo no entiende a Dios, ni nos entiende a los creyentes.

Si nuestra confianza en Dios impregna todo nuestro ser, influye en nuestro modo de pensar y de vivir, y configura, en definitiva, toda nuestra existencia según la voluntad de Dios, que supera en bondad y en verdad todo entendimiento humano. Muchas cosas que nos pueden parecer buenas en sí mismas, se pueden volver peligrosas, y hay que evitarlas si, con ellas, ponemos en peligro nuestra confianza en Dios. Tener fe es querer pensar como Dios en todo. Como María.